

ANGELINES DE MIGUEL

De improviso, como un aletazo, me llega la noticia: Angelines de Castro, la mujer de Miguel Delibes, la novia eterna, juvenil y risueña de mi amigo Miguel, acaba de morir en Madrid. ¿En qué hora, en qué minuto, Dios mío? ¿Que estábamos haciendo en ese instante Maruchi y yo? ¿Por qué acera de Madrid paseábamos, cogidos del brazo, mientras absurda, inexplicablemente, en terrible vecindad, moría Angelines y, con ella, su sonrisa, la misma que contemplamos tantas y tantas tardes, Maruchi y yo de novios, de mesa a mesa, en el café Corisco? ¿Y por qué me he puesto a sollozar, mientras trato de escribir estas líneas, que no sé si podrán expresar una mínima parte de lo que siento ahora? ¿Por qué? ¿Por qué?

Una felicidad como la de Miguel y Angelines, que, para nosotros, los que les conocíamos, había terminado por convertirse en una especie de costumbre. Eso ~~es~~, una alegre costumbre que comenzó; ¿hace cuántos años? No, Miguel, no sería piadoso resucitar recuerdos. Al menos, ahora, no. Pero sí compartir contigo, públicamente, como compartimos ~~nuestra amistad~~ una amistad que se remonta a los días del Colegio, ~~la~~ pena, que también es la nuestra, la de Maruchi y mía. Pongo mi brazo sobre el tuyo, ~~desolidado~~ desolidado desde ahora del de Angelines. Ya sé, ya sé: nadie puede llenar su ausencia. Componías un solo ser, un refrescante ejemplo de jubiloso y renovado amor. Pero, por si puede servirte de consuelo, quiero que sepas --así, públicamente-- que Angelines también ha dejado en nosotros, Maruchi y yo, el vacío de una irremediable, densa, incurable melancolía. Tu mujer tuvo la bendita gracia de repartir, por donde pasaba, el gozo de vivir. Los encuentros de los dos matrimonios --tan fugaces desde que la profesión me alejó, ya hace 25 años, de Valladolid-- siempre se convertían en un regreso a nuestra juventud, que ella hizo el milagro de mantener fresca y pimpante. ~~Al~~ Charlar con Angelines --Angelines de Miguel--, <sup>era como</sup> ~~parecía que~~ <sup>entrara</sup> uno en una galería de espejos, donde aparecía ~~siempre~~ la sonrisa de siempre, & siempre repetida. La misma que Maruchi y yo contemplamos, de novios, durante ~~manhas~~ tardes, en





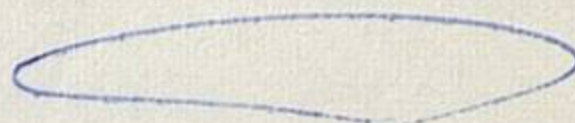
De improviso, como un efecto, me llega la noticia: Angelinas de  
 Castro, la mujer de Miguel Delibes, la novia eterna, juvenil y tri-  
 suña de mi amigo Miguel, acaba de morir en Madrid. En qué hora, en  
 qué minuto, Dios mío? ¿Que estábamos haciendo en ese instante Manu-  
 el y yo? ¿Por qué acera de Madrid pasábamos, cogidos del brazo, man-  
 tras abarba, inaplicablemente, en terrible vecindad, morla Angeli-  
 nes y, con ella, su sonrisa, la misma que contemplamos tantas y tan-  
 tas tardes, Marichí y yo de novios, de mesa a mesa, en el café Corra-  
 do? ¿Y por qué me he puesto a sollozar, mientras trato de escribir  
 estas líneas, que no sé si podrán expresar una mínima parte de lo  
 que siento ahora? ¿Por qué? ¿Por qué?

Una felicidad como la de Miguel y Angelinas, que, para nosotros,  
 los que las conocíamos, había terminado por convertirse en una espe-  
 cie de costumbre. Eso es, una alegre costumbre que comenzó, hace años,  
 los días de Miguel, no sería posible recordarlos. Al menos,  
 ahora, no. Pero al recordarlos, como costumbre, como  
 un hábito, una especie de ritual, me siento a los días del Colegio  
 tu pena, me también a la nuestra, la de Marichí y yo. Largo el brazo  
 sobre el tuyo, ~~haciéndome desolado desde ahora del de An-~~  
 gelinas. Ya sé, ya sé: nadie puede tener su sueneta. Compañera  
 un solo ser, un retrescante ejemplo de júbilo y renovación amor, pero  
 por el que sirve de consuelo, quiero que sepas -- así, babilo-  
 mente -- que Angelina también ha dejado en nosotros, Marichí y yo,  
 el vacío de una irremediable, densa, incurrible melancolía. Tu amor  
 tuvo la bendita gracia de repartir, por donde pasaba, el gozo de vi-  
 vir. Los encuentros de los dos matrimonios -- tan fugaces desde que la  
 profesión me dejó, ya hace 25 años, de Valladolid -- siempre se con-  
 vertían en un regreso a nuestra juventud, que ella hizo el mío  
 de mantener fresco y pimpante. ~~La~~ Charlar con Angelinas -- Angelinas  
 de Miguel -- ~~era~~ <sup>era</sup> como en una galería de espejos, donde  
 parecían ~~siempre~~ la sonrisa de siempre, siempre recibida. La misma  
 que Marichí y yo contemplamos de novios, durante tantas tardes, en



el café Corisco. Y ~~ahora~~, de pronto, absurda, inexplicablemente, se ha apagado. Sí, no me da vergüenza confesarlo: empecé a sollozar cuando me puse a escribir estas líneas y sigo sollozando mientras las termino, sin dejar de preguntarme: ¿pero, ¿es posible?; pero, ¿por qué?

Manuel Alonso Alcalde



ASIGNATURA  
GRUPO

Fecha  
No. Censo



Instituto Nacional de Bachillerato COWEZ-MORENO

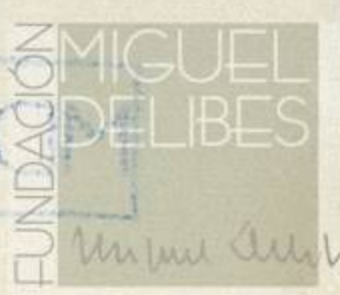
FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES  
Manuel Alonso



el café cortado. Y así, de pronto, aparece, inexplicablemente, se  
ha pagado. Si, no me da vergüenza confesarlo: empecé a escribir cuando  
me puse a escribir estas líneas y algo sollozando mientras las termino,  
sin dejar de preguntarme: ¿pero, ¿es posible? ¿pero, ¿por qué?

Manuel Alonso Alós

**Instituto Nacional de Bachillerato GOMEZ-MORENO**



ALUMNO

Nº

Curso

ASIGNATURA

Fecha

*[Handwritten signature and scribbles]*